

Marta Orriols

Dulce introducción
al caos



Lumen

Dulce introducción al caos

Marta Orriols

Traducción del catalán de
Noemí Sobregués

Lumen

narrativa

SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks

@lumeneditorial



@siguelumen



@editorial_lumen

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

«Dulce introducción al caos» es el título de una canción del disco La ley innata (2008) de la banda de rock Extremoduro. Robe Iniesta, vocalista y alma del grupo, ha tenido la amabilidad de permitir que lo utilice para dar nombre a esta historia, que no se parece demasiado a la de la canción, pero que la abraza tan bien musical y nominalmente que no quería dejarlo escapar. Desde aquí mi agradecimiento.

Para ti, Miquel

No recordamos lo que queremos
recordar.
Recordamos lo que no podemos
olvidar.

LISA TADDEO, *Tres mujeres*

No hay una vida completa. Hay solo fragmentos. Hemos nacido para no tener nada, para que todo se nos escurra entre los dedos. Y, sin embargo, esta pérdida, este diluvio de encuentros, luchas, sueños... Hay que ser irreflexivo, como una tortuga. Hay que ser resuelto, ciego. Porque cualquier cosa que hagamos, incluso que no hagamos, nos impide hacer la opuesta, he aquí la paradoja. La vida, por tanto, consiste en elecciones, cada cual definitiva y de poca trascendencia, como tirar piedras al mar.

JAMES SALTER, *Años luz*^[1]

Pares

1

Caminaban aún por las calles con aquella necesidad de acercarse mucho el uno a la otra. Se reían de la imagen que formaban abrazados, el brazo de él rodeando la cintura de ella, la figura contundente que dibujaban, las manos agarradas con urgencia, la alegría líquida y el desbarajuste de piernas y pies intentando adaptarse a la marcha conjunta. Fumaban los dos. Los cigarrillos en la mano añadían un punto más de complejidad a aquel caminar juntos, las risas entre volutas de humo y aquella condición indestructible de quien se sabe enamorado. Jugaban a pisarse las sombras que proyectaban en los adoquines húmedos por la noche, a darles forma hasta configurar una sola silueta oscura que los englobaba a los dos. Parecían actores de una película en blanco y negro de la Nouvelle Vague, un poco irreverentes, no muy sentimentales y con aquella actitud existencialista ante un universo absurdo. Aunque no lo manifestaba, a él le parecía que construían el principio de algo.

De vez en cuando, si habían hecho el amor y consideraban tácitamente que había sido excepcional, se fotografaban con una vieja Polaroid envueltos en las sábanas. Sobre

el papel fotosensible, el flash y el tiempo han ido degradando la ropa de cama hasta convertirla en una mancha de un blanco apagado. También han palidecido los rostros, que han adquirido un aire fantasmagórico; sí, los rostros fantasmagóricos de dos cretinos extasiados. Siempre con el cigarrillo colgando, el pelo alborotado y la mirada falsamente rebelde que les confería un aire punk, como de carátula de disco. Les hacía aquella gracia imprecisa.

Cuando, festivos, empezaban a idear un mundo en común y aún no podían preverse los gestos, se tatuaron la misma estrella diminuta en la concavidad del final de la mandíbula, justo detrás del lóbulo de la oreja. Hay quien podría pensar que habían sido cobardes, que esconder un tatuaje es no acabar de creérselo, que cuando uno arriesga debe hacerlo sin pensárselo demasiado. También se podría opinar que tatuarse la misma estrella insignificante no supone ningún riesgo, que no es más que el resultado de un ataque de exuberancia sentimental. Una estrella. Se suponía que la de ella influiría en el destino de él, y la de él, en el de ella. La cándida iconografía en la piel madura. Todavía les queda por delante una inmensidad de tiempo, pero en él la sensación de hedonismo despreocupado ha empezado a menguar desde que ha cumplido los treinta y tres; se sabe instalado en una libertad volátil, en parte impuesta por un sistema que facilita una especie de resistencia a la madurez. Intentar vivir bien le parece un objetivo lo bastante sólido, y hacerlo al lado de alguien que rezuma vitalidad, una poción legendaria que garantiza la vida eterna. Es un adulto con una estrella tatuada detrás de la oreja; ya se encarga de recordárselo su madre cuando le repite con un

discurso rítmico, casi rapeando, que ella a su edad ya tenía dos hijos, trabajaba, llevaba la casa y mandaba dinero al pueblo. ¿Y crees que alguien me ayudaba?, añade siempre con una nota de resentimiento. Su madre es una crítica feroz de la infructuosa transición hacia una supuesta edad adulta.

La juventud ya no les proporcionaba descuentos ni seguros de viaje totalmente gratis, pero ellos la llevaban incrustada como una patología poética y confundían los riesgos, o no querían creer que habría otros que les negarían aquella manera de vivir para siempre como falsos espíritus libres. Cuando caminaban tan cerca el uno de la otra, tatuarse la misma estrella detrás de la oreja era el mayor riesgo, y la vida quizá iba de eso, solo de eso, de lugares comunes repetidos por doquier y a lo largo de los años, de los siglos; un mundo primitivo como las piedras, no controlado por la razón y engañosamente armónico.

Hubo aquella primera señal de cambio un año atrás; cuando formalizaron un alquiler común y empezaron a reunir bajo el mismo techo las cosas de ambos: los respectivos tics, el barómetro dorado que había sido del padre de él, los olores corporales, los amigos, las amigas, los libros, una pequeña gallina de cerámica de un viaje que ella había hecho a Perú, las cámaras de ella y la claqueta de él. Y también el perro. La adopción de Rufus había sido, sin saberlo, la última gota de indolencia deliberada, la extraña calma antes de la tormenta.

—¡Hostia, Dani, saca al perro de una vez! ¡Ya vigilo yo la cena!

—Que no, cariño, que están todos a punto de llegar. Lo

bajo luego un momento, cuando todos se hayan sentado.

—Pero aprovecha ahora que no llueve, pobre animal, que lleva todo el día sin salir..., ¿verdad, Rufus? Si no fuera por mí, ¿quién te cuidaría? Venga, haz el favor de sacarlo de una vez.

Es un labrador dorado, viejo, con artrosis y la cabeza grande. Tiene el hocico húmedo y la mirada de quien ya lo ha visto todo. Es un perro solemne que hace gala de una dignidad que conmueve. Se tumba en las alfombras gastadas que a Marta le dio su abuela paterna hace ya muchos años. Cuando su abuela Jutta murió, Marta las llevó desde Berlín y las ha ido paseando por todos los pisos de Barcelona en los que ha vivido. Dice que cuando las pisa con los pies descalzos, siempre recuerda a su abuela acariciando la lana. Él no llegó a conocer a la abuela alemana, pero forma parte de los recuerdos de Marta de forma incisiva. A menudo la saca a colación tozudamente, como quien cuelga una bandera en el balcón. Cuando habla de su abuela Jutta, a él le da la sensación de que, en el fondo, Marta reclama una nacionalidad que querría tener estampada en un pasaporte, no solo en el ADN; detrás del recuerdo de su abuela siempre hay un clamor de orgullo y pertenencia, y aun así él no puede evitar percibir un matiz de rencor por el hecho de haber nacido donde ha nacido, en un lugar y no en el otro, como si este detalle la despojara de dignidad. Pero de su abuela no queda más que las alfombras, una entonación berlinesa peculiar cuando Marta salpica alguna conversación con palabras en alemán, aquella pequeña joroba ósea en la nariz, que ella tanto odia, y el arte de urdir

estrategias urgentes. Sin duda era una estrategia y era urgente hacerle pasear al perro justo en aquel momento.

Ante su insistencia, Dani se quitó el delantal a regañadientes y chasqueó la lengua mientras le ponía la correa al perro. La expresión de niño contrariado.

No podían saber, ni hombre ni perro, que bajarían a la calle y que mientras él se encendería un cigarrillo, el que desde hace semanas no deja de repetir que será el último, ella correría al baño y rompería el envoltorio de la prueba de embarazo, la segunda que se haría ese día. Hace dos años que están juntos. Dos años, casi uno entero bajo el mismo techo. Dani la admira, la quiere y a veces, durante breves momentos, la detesta un poco por pequeños cortocircuitos provocados por la convivencia en sí. El tiempo y una imaginación desbordante le conceden la habilidad de inmortalizar una imagen que en realidad él nunca vio. Es fácil. La imagina sentada en la tapa del inodoro, esperando. Se muerde una uña, distraída. La piensa solo como la imagen reiterada de tantas otras mujeres, o quizá de tantas películas vistas, como aquella fotografía dentro de otra fotografía que a la vez aparece en otra fotografía, o como el reflejo de un espejo que reproduce la imagen de otro espejo repitiéndola hasta el infinito, cada vez más pequeña, una dentro de la otra, de una mujer sentada en la tapa del inodoro, con las piernas cruzadas, mordiéndose una uña, distraída, sujetando el trozo de plástico empapado de orina con la misma indolencia con la que sujeta el primer cigarrillo cuando sale a escondidas al balcón al amanecer y, arropada con el jersey grueso de lana, empieza a rumiar. Con los brazos cruzados y la mirada perdida, ordena las sesio-

nes de fotos, decide los objetivos que utilizará, calibra la luz y piensa en la cámara mientras el sol despabila el día y ella, con cada calada, lo cubre de humo y de misterio.

Spiegel im Spiegel, espejo en el espejo, una mujer sentada en la tapa del inodoro con el gesto heredado de morderse una uña, distraída. Una mujer y un embrión, y abajo, en la calle, en el suelo mojado, el hombre responsable en parte del material genético se detiene impaciente, mira el reloj y piensa que deben de estar todos a punto de llegar, y que seguro que Marta no sabrá si la salsa necesita unos minutos aún, y que para no tener que pensar más en ello apagará el fuego. El perro levanta la pata con el ritmo propio de la senectud, rocía el tronco de un árbol, y él da la última calada frunciendo el ceño, tira el cigarrillo al suelo y lo pisa con la punta del zapato, lo recoge y se dirige a toda prisa al portal de su casa. No sabe que cuando entre, hará semanas que el embrión de su futuro hijo ya habrá bajado por la trompa de Falopio con la facilidad de quien se deja caer por un tobogán.

Aquella noche no caminaban juntos, como sí lo habían hecho antes tantas otras veces, con el viejo Rufus medio metro por detrás, pendiente solo de marcar el territorio, único testigo del entusiasmo frenético de dos almas que todavía sienten tanta gratitud.

—¡Marta! ¿Has apagado el fuego? ¡Pero si te he dicho que aún no estaba!

La imagina en el baño con los dientes apretados renegando porque él había vuelto demasiado deprisa por la salsa. Seguro que soltó una maldición, «¡Me cagüen la salsa de los cojones!» o algo así. Es malhablada, bruta, alegre,

bastante inaccesible, un poco consentida, muy inteligente y nada posesiva. Cuatro minutos y unos cuantos segundos. Las pupilas, que se dilatan, y ese dolor abdominal que provocan las prisas, la vergüenza, los sustos y la espera de un resultado inminente en la intimidad. Agitaba la prueba de embarazo como un abanico. Unas gotas de sudor frío haciendo un efecto lupa sobre el finísimo vello del labio superior, de un rubio germánico, el corazón a todo trapo y multitud de reacciones en espera. Se apresuró a recoger el plástico y a esconderlo en el fondo de la cesta de la ropa sucia, y, sola ante el destino, se compadeció de él, que hacía más ruido de la cuenta con los utensilios de cocina para manifestar su enfado por un fuego apagado demasiado pronto. La vida se ponía seria y él se disgustaba por un tiempo de cocción.

A menudo las verdades más grandes se revelan en unos segundos, en cuestión de minutos, en el tiempo que se tarda en sacar a pasear al perro y volver a casa. Por segunda vez, en la prueba de embarazo apareció la pequeña raya horizontal, tímida, como la línea rosa y fina entre el cielo y el mar que anuncia la aurora, como el sí amedrentado de una novia en el altar. Y ya estuvo. El cambio siempre quedaría asociado a aquellas imágenes circunstanciales: no llovía, pero había llovido, el olor ácido de la salsa de tomate en todo el piso, la mesa a medio poner para los amigos. Detrás de las orejas, tatuadas, las estrellas.